

## EN LA MUERTE DE RUBÉN ASTUDILLO Y ASTUDILLO

Jorge Dávila Vázquez

De él se dirán muchas cosas, se contarán infinidad de anécdotas, se evocarán sus desafíos poéticos, en una ciudad solo removida antes por la iconoclastia del Grupo Elan y por la desolación de su maestro espiritual, César Dávila Andrade; se continuará admirando su juventud de lobo y sus aullidos entre cínicos y blasfemos, pero sea lo sea que de él se diga, vivirá por siempre en la memoria de los poetas y de los amantes de la literatura, porque era un hombre hecho para vivir largamente en el corazón de las gentes, nunca para el olvido; y muchos de sus poemas seguirán leyéndose por largo tiempo, por su frescura, su irreverencia y esa calidez de la palabra dicha entre amigos, a la sombra de un amor nunca alcanzado, al son de un jazz que a muchos les parecía estridente, y en el marco de un café al que inmortalizó en la «Carta para Saskhya Kovva»: *Esta es una isla en Cuenca, trece nudos al sur de la alegría. Se llama Raymipamba*, el familiar Raymi, sede del grupo cuencano Syrma, cuyo capitán fue él, en la década del sesenta, la de los Tzántzicos, la que cambiaría para siempre la literatura de la patria.

Astudillo fue no solo el poeta absoluto de su grupo generacional en su ciudad, y uno de los mayores del Ecuador, desde su siempre joven *Canción para lobos* (1963) y sus palpitantes *Elegías de la carne* (1968), hasta el insondable *Pozo y los paraísos* (1969), la oscura *Larga noche de los lobos* (1973) o la jubilosa *Celebración de los instantes* (1993), que contiene sus bellos textos escritos en China.

¿Qué preocupaciones movían su poetizar? Todas las del hombre del siglo XX. El ultrajante temor del final atómico, la masificación y la cosificación del ser humano, las batallas existencialistas por Dios y contra Él, el temblor del sexo, la nitidez del arte, el amor por la tierra, la naturaleza —que florecía en sus poemas como un enorme crisantemo— y sus gentes. Estas temáticas y otras

infundieron sentido a una de las creaciones más trascendentes de nuestra literatura.

Con Dios, mantuvo un diálogo constante, que a ratos se volvía blasfemia, pero que en opinión de uno de sus buenos lectores, Ernesto Proaño S.J., solo era una forma desesperada de búsqueda de la divinidad. Su juvenil «Oración para ser dicha aullando» escandalizó a su hora; tal vez por la confianza excesiva que parece demostrar al Ser Supremo, al que dice, entre otras cosas: «cuánto debes sufrir en tu abandono, / pordiosero, limosnero / de nombres y de preces / cuánto deben dolerte los / mundos que no hiciste...». O peor aún: «no te odiara ni amara si existieras, (me han / dado la evidencia de que tú nunca fuiste, / —entre paréntesis—) / pero si es que existieras en verdad, te invitara / a que caigas y / nos llegues; te diera mi camisa y mis / zapatos; mi chompa; mi blue jean; y mis / pañuelos, mi modo de beber y mi / costumbre / de abrazar hasta olvidarme las esquinas, los / bares y las pistas». Es difícil no sentir una emoción, por contradictoria que sea, ante estos versos, o no sonreír ante el coloquialismo de estos: «vieras que nuestra música es mejor que los / coros / de tanta virgen loca; de tanto anciano turbio; / de tanto ángel sin sexo...».

Pienso que al encontrarse con Dios, le habrá dicho uno de sus versos: «Ya no tienes que huir, Señor. Te he descubierto». Y el buen Señor le dejaría paso a su interminable ansia de libertad, permitiéndole volver a su terruño escondido, a su Valle natal, para fundirse para siempre con él, «como un arado tierno», pues de seguro Astudillo le repetiría aquello de: «Pongo / un dique de fuego entre tu voz y mi terror, te limito los / pasos; te abandono y me marchó...vuelvo al río del alba y / los venados, / yo quiero ser, cantando un torrente de pie sobre los / lomos de azúcar de mi / tierra. Vuelvo a danzar desnudo bajo el cielo de / agosto / entre la luz y el aire maduro de los frutos».

Tan tierno a veces para con todo lo hermoso de este mundo, se llenaba también de una intensa amargura ante las injusticias de este mundo, que le hubiera gustado transformar, y eso le dio una cierta sorna, le hizo en ocasiones duro, despectivo. Quizá por ello, unos le admiraron, otros le detestaron, y él con su enorme vitalismo, igual al de su camarada de traspase periodístico, sueños, lecturas, proyectos, y olímpicas borracheras, Edmundo Maldonado, que se le adelantó hace años en el camino de la muerte, se encogía de hombros, en medio de una risa llena de ironía.

Ahora mismo estará riéndose al leer estas líneas, moviendo la cabeza, con su usual mordacidad, por las cosas que escribe este Dávila, que le conoció cuarenta años y más, y sintió por él profundas amistad y admiración hasta su último día. ■